

La milicia de alta cultura.

Había que comenzar, así, por reclutar la milicia de la ciencia, con la consigna implacable de la investigación y el estudio. Habíamos de desmontar todo el tinglado de una falsa alta cultura que deformó el espíritu nacional con la división y la discordia y desraizarlo de la vida espiritual del país, cortando sus tentáculos y anulando sus posibilidades de retoño. Sepultada la Institución Libre de Enseñanza y aniquilado su supremo reducto la Junta de Ampliación de Estudios, el nuevo Estado acometió, bajo el impulso del Caudillo, la gran empresa de dotar a España de un sólido instrumento que—como he afirmado recientemente—fuera la base de una restauración tradicional de los valores

universales de la cultura y, al propio tiempo, el medio más apto para crear una ciencia española al servicio de los intereses espirituales y materiales de la Nación

Era así vital para nuestra cultura amputar con energía los miembros corrompidos, segar con golpes certeros e implacables de guadaña la maleza, limpiar y purificar los elementos nocivos. Si alguna depuración exigía minuciosidad y entereza para no doblegarse con generosos miramientos a consideraciones falsamente humanas, era la del Profesorado. En este punto hemos cumplido con nuestro deber y aún seguiremos la tarea con el mismo propósito en el sector ya reducido que nos resta del Magisterio primario.